

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Catequesis

AÑO DE LA FE 2012-2013

«Creo en Dios, Padre Todopoderoso»

16 de noviembre de 2012

Las primeras palabras del Credo contienen la profesión fundamental, ya que afirman la fe en Dios, origen, meta y guía del universo (cf. Rm 11,35), el Primero y el Último (cf. Is 44,6). Es la Realidad que determina todas las realidades. Por ello, no es lo mismo para el hombre creer en Dios que no creer en Él; la vida cambia radicalmente si Dios es reconocido, invocado y respetado. La fe, que significa solidez, afecta a los cimientos de la existencia. Ante la grandeza y santidad de Dios, el hombre palpa su debilidad, se siente anonadado, y reconoce su impureza, culpa y pecado (cf. Is 6,1 ss.).

Este temor sobrecoge también a Moisés cuando está pastoreando el rebaño en el desierto. Dios le llama desde una zarza que arde y no se consume. Se le presenta como el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, y le encomienda la misión de sacar a su pueblo de la aflicción que padece en Egipto; pero Moisés no sabe en nombre de quién debe presentarse al faraón para exigir la liberación. Entonces, Dios revela su nombre: "Yahvé" puede ser traducido por 'Yo soy el que soy' o 'yo soy el que es' (cf. Ex 3,13-15).

Podría pensarse que la respuesta es una evasión, una negativa o una salida enigmática. ¿Qué significa el nombre con el que Dios se ofrece como poder liberador, y con el que será recordado de generación en generación? Su nombre ocultaba un misterio siempre inefable. Dios es el único verdaderamente existente, solo Dios es; los demás no existimos por nuestro poder, somos criaturas. Pero siendo trascendente y, por naturaleza, el "Dios invisible" (cf. Is 45,15), actúa en la historia de su pueblo y de la humanidad. «Yo

y muchas mujeres, grandes y pequeños, niños y ancianos, ilustres y analfabetos, a lo largo y ancho del mundo... Al Dios que se venera en algunas de esas religiones, no demasiado alejado del Dios de los cristianos, está dedicado un rinconcito de nuestra exposición» (José Manuel Sánchez Caro, *Credo. Una historia que creer, una historia para contar*, Valladolid 2013, p. 40). Se tiende la mano respetuosa y fraternalmente a otros credos más o menos afines, y especialmente al judaísmo y al islam.

Por medio de Jesucristo, a quien estamos unidos los cristianos en virtud de la fe y del Bautismo, y animados por el Espíritu Santo, somos hijos de Dios, "hijos en el Hijo". Jesús anunció la proximidad compasiva de Dios, lo invocó como su *Abbá* con inmensa confianza y ternura, y nos enseñó a rezarle como nuestro Padre (cf. Mt 6,9), con la seguridad de que somos queridos por Él, que ve en lo escondido. Hay dos formas muy extendidas de falsificar la relación entre las personas: el temor y el halago. A Dios, que nos ha adoptado como hijos en el Hijo Jesús, «*Primogénito entre muchos hermanos*» (Rm 8,29), y que nos ha otorgado el Espíritu de la filiación, podemos mirarlo cara a cara confiadamente, sabiendo que nos ama y que no necesitamos granjearnos su cercanía ni su protección. Por Jesús, hemos sido introducidos en la proximidad de Dios, que es Padre que nos ha amado cuando éramos pecadores (cf. Rm 5,1-11), que es rico en misericordia, y cuyo nombre es Amor (cf. 1Jn 4,8.16).

En la oración de Jesús, cuando estaba en el umbral de su pasión, se unen tres realidades, que a sus fieles siempre les ha costado mucho integrar: Dios como *Abbá*, la omnipotencia divina y el hombre en la suprema debilidad que solicita ayuda. Jesús manifiesta a sus amigos que su «*alma está triste hasta la muerte*», y en esta aflicción ora a Dios: «*¡Abbá!, Padre: Tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres*» (Mc 14,34.36). Jesús, no solo en la exaltación, sino también en la hora en que las tinieblas mandan, se dirige a su Padre con la invocación singular de *Abbá*, que implica respeto y obediencia, pero también afecto entrañable y confianza ilimitada en contar con su protección. Pues bien, su Padre Dios, a quien reiteradamente suplica que le libre de apurar aquel trago, no le evita el recorrer la pasión, desde el beso de Judas hasta expirar en una cruz. Dios es ciertamente todopoderoso, es el *Abbá* de Jesús, que en Getsemaní siente pavor y angustia, y ante el poder temible del mal invoca una y otra vez la liberación de Dios.

(X, 4). El poder de Dios es nuestra seguridad; Dios, que es compasivo, puede estar con nosotros en la tribulación (cf. Sal 91,15). El impasible en sí mismo se hace compasivo con nosotros; la omnipotencia de Dios es compatible con el pesebre y con la cruz de su Hijo Jesús.

Nos cuesta trabajo comprender la omnipotencia de Dios porque la separamos del amor. ¿El amor es débil? ¿Es prepotente el Todopoderoso? El amor que perdona (cf. Lc 6,27 ss.) y no lleva cuenta del mal (cf. 1Co 13,4-7) vence con su dinamismo paciente y en el momento oportuno al poder destructivo de la venganza y de la violencia. ¿Por qué intentar comprender el poder de Dios desde la capacidad ilimitada de humillar y aplastar a los adversarios? El amor de Dios es omnipotente en la resurrección de Jesús, al levantar al Crucificado de la postración de la muerte. El amor inmenso de Jesús llega hasta pedir el perdón al Padre a favor de los que lo crucifican. Dios es omnipotente de manera singular: no impide que sea ejercido el poder de la maldad de los hombres, ni evita la desolación de las catástrofes naturales. El misterio pascual de Jesús crucificado y glorificado es la respuesta al escándalo de la cruz y del mal en su capacidad de dañar. Nos remitimos a Dios, cuya sabiduría deslumbra a los sabios de este mundo; Él es Dios y Padre, trascendencia y cercanía, omnipotencia y misericordia, poder infinito y amor sin límites. «*Lo débil de Dios es más fuerte que los hombres*» (1Co 1,25). Ante el poder del mal, Dios es Todopoderoso de una manera distinta a como pensamos y deseamos los hombres. Terminamos como Jesús en la oración de Getsemaní: «*No sea como yo quiero, sino como tú quieres*» (Mc 14,36).